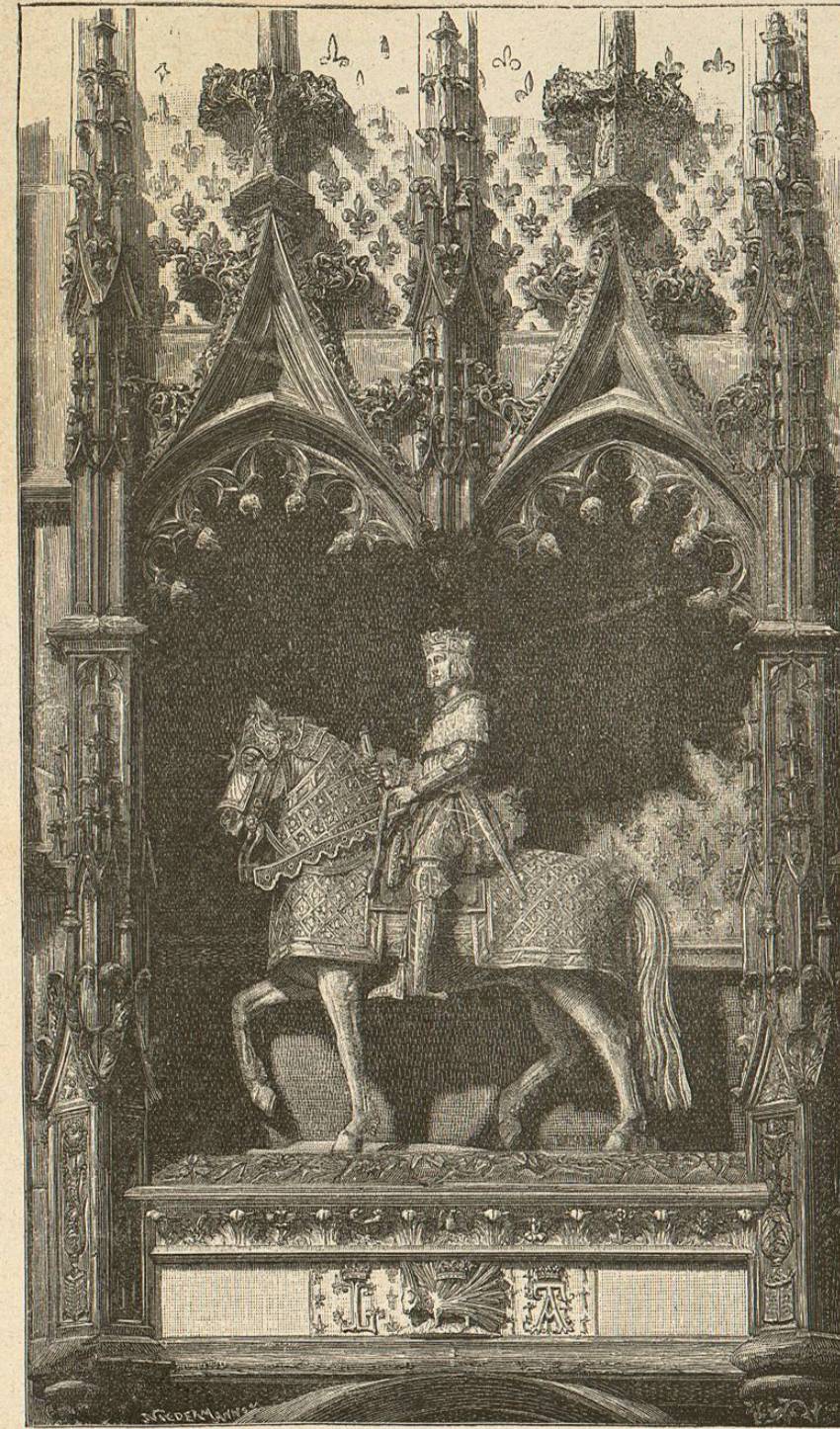


Aquel año, 1516, se hizo la tan anhelada paz; porque Fernando el Católico murió el 23 de enero y su sucesor Carlos de Borgoña, nieto de Fernando y de Maximiliano, y en cuyo nombre gobernó por lo pronto la monarquía española el gran cardenal Jimenez de Cisneros, tuvo bastante

que hacer en el interior para no pensar en conquistas, por mucho que su carácter le inclinaba á ellas. Reconoció, pues, en el tratado de Noyon á Francisco I por duque de Milan, y Leon X se arregló también con el rey de Francia restituyendo el ducado de Milan, y los territorios de Parma y Pia-



Estatua ecuestre de Luis XII, rey de Francia, existente en el castillo de Blois (obra del siglo xv).

cenza, Reggio y Módena á los Este de Ferrara y quedando Bolonia agregada á los Estados de la Iglesia. Finalmente Maximiliano, por mas que estaba descontento del sesgo que habian tomado las cosas, aceptó los hechos consumados.

Así terminó el primer período de la lucha por la Italia. Habia durado 21 años y no fué mas que el prelude de una lucha mucho mayor que debia estallar pronto y simultáneamente con otra lucha grande, pero religiosa. En el transcurso de estas revueltas se habian colocado frente á frente

Francia y España, los Valois y los Habsburgos, entre los cuales iba á estallar la lucha decisiva para la suerte de Europa.

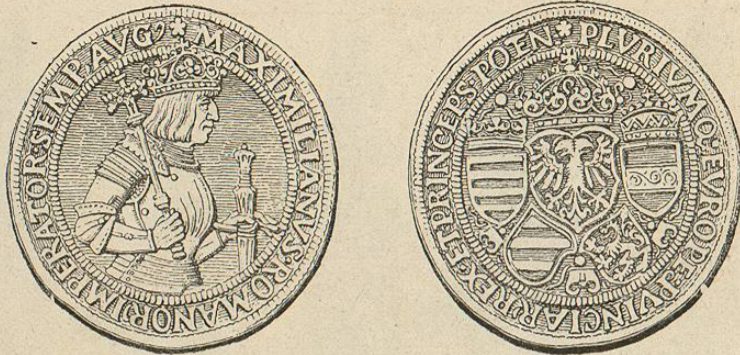
CAPITULO V

TRANSFORMACIONES Y CREACIONES NUEVAS

En el transcurso de dos siglos y medio que habian pasado desde la ruina de la familia imperial de Hohenstaufen, habianse verificado cambios trascendentales.

Ya no existía el lazo de la autoridad imperial que en otro tiempo había unido á los Estados del Occidente; y gradualmente se habían ido concentrando separada y definitivamente en grupos nacionales, con su organización política moderna, Francia, Inglaterra y España, constituyéndose

en monarquías sobre la nueva base de la unidad nacional. Alemania no había adelantado tanto, y su progreso político estaba reducido á haberse desprendido de territorios que, como la Borgoña, por su historia, el idioma y las costumbres de sus habitantes, debían gravitar hácia la Francia.



Moneda de plata del emperador Maximiliano I (tamaño del original).

Anverso.—En el centro la imagen del emperador coronado y cubierto con la armadura, sosteniendo el cetro en la mano derecha y apoyada la izquierda en la empuñadura de la espada. Inscripción circular: * MAXIMILIANVS. ROMANOR' IMPERATOR. SEMP²(er) AVG²(ustus).
Reverso.—En el centro los escudos del imperio alemán, de Hungría, Austria, Borgoña y Habsburgo; encima la corona imperial, y en los pequeños espacios intermedios los eslabones del toison de oro. Inscripción: * PLVRIVM Q. EVROPE. P(ro)VINCIAR' REX. ET. PRINCEPS. POTEN(tissimus).

Consérvase en el Gabinete Numismático de Berlín.

Más atrasada estaba todavía Italia, que en lugar de seguir la corriente dominante de la época, ó sea la concentración nacional, estaba en sus partes principales en poder de extranjeros, á pesar de las pruebas brillantes que con su literatura clásica había dado de su derecho y de su aptitud para

formar una nación independiente. En el Norte de Europa los pueblos escandinavos y en el Este los eslavos se habían emancipado de la influencia germánica. Los pueblos de Europa habían formado tres grandes grupos nacionales y perfectamente separados: el neo-latino, el eslavo y el ger-



Grupo de timbaleros y trompeteros en la procesion triunfal del emperador Maximiliano I
Copia de un grabado en madera de Juan Burgkmaier.

mánico, estando subdividido este último en las tres ramas alemana, inglesa y escandinava, á su vez perfectamente separadas é independientes entre sí y de los otros grupos principales, bien que influidas las tres por la civilización de los otros grupos. Con esto quedó concluido el desenvolvimiento político particular y nacional, que data de la descomposición del imperio carolingio.

Por otra parte, se había engrandecido mucho el campo de la historia de la humanidad. Con el descubrimiento del

nuevo hemisferio el mundo occidental y su civilización se habían resarcido de la pérdida de territorios importantes en el Sudeste de Europa, donde estaba la cuna de su civilización, arrebatados por los turcos, que con todo su poder se volvieron á hundir, después de un corto apogeo, en la barbarie. A la concentración de las nacionalidades y á las creaciones políticas modernas se agregó la traslación del centro de gravedad mercantil hácia el Oeste, con los beneficios que el comercio da á las naciones, traslación que valió á las na-

ciones occidentales una importancia dominante en los siglos inmediatos, y especialmente á España, que, situada por decirlo así entre el mundo antiguo y el nuevo, llegó á ser el centro de la historia de ambos mundos.

La ruptura con el feudalismo de la Edad media colocó á la humanidad en condiciones sociales y políticas nuevas; las colectividades políticas subyugadas por el derecho y la libertad del individuo se habían transformado en parte en monarquías que tenían que defender intereses y derechos generales. A estos intereses generales se subordinan los individuales, que á veces han de ser sacrificados á aquellos, como exige la ley moral; y cuanto más enérgicamente son defendidos estos derechos é intereses generales por los cua-

les se rigen los Estados, tanto más adelantados se hallan éstos en el desarrollo político y social, y tanto mayor es su peso en los vaivenes á que está sujeta la división política moderna de Europa. El imperio alemán, excluido de este movimiento de desarrollo, tuvo por lo mismo que presenciar pasivamente como en los siglos inmediatos Francia y España dirigían los sucesos políticos del mundo, mientras solo algunas partes de Alemania se transformaban en Estados monárquicos y administrativos modernos.

El Estado moderno tuvo que contar con la vieja Iglesia, no modernizada, en muchos conceptos moralmente corrompida y contra la cual habían luchado infructuosamente en la época de los concilios muchas fuerzas intelectuales y morales.

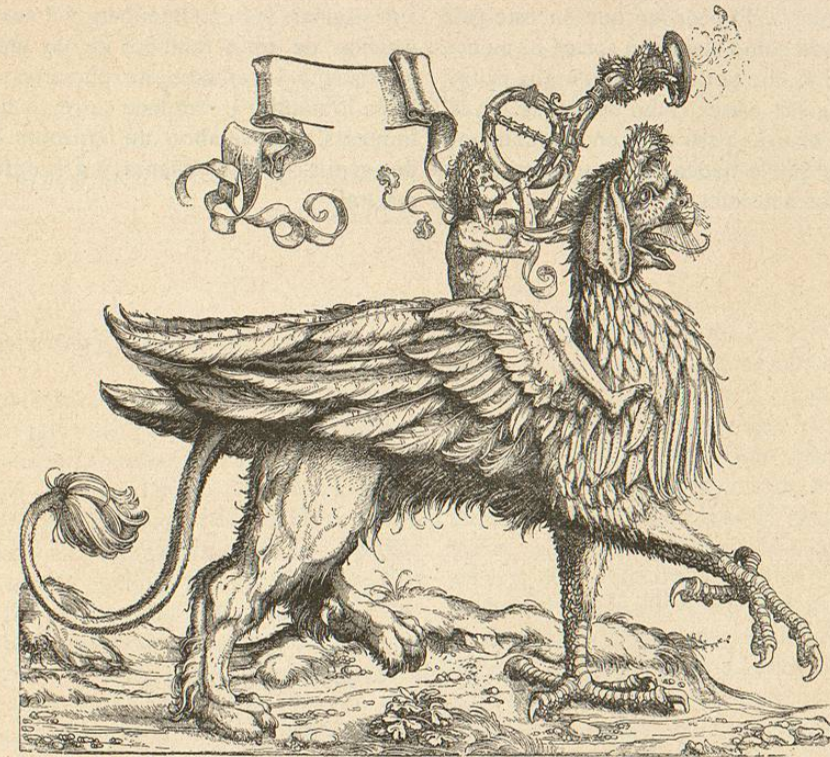


Figura alegórica de la procesion triunfal del emperador Maximiliano I.
Copia de un grabado en madera de Juan Burgkmaier.

En lugar de ser la Iglesia lo que había sido en época remota, fomentadora y protectora potente del desarrollo intelectual, moral y hasta industrial de los pueblos, pesaba á la sazón sobre ellos siendo rémora de todos los progresos y consus siempre crecientes exigencias explotadora de pueblos esquilma-dos é inermes. En las altas regiones de la Iglesia dominaba el espíritu de la soberbia que da la seguridad del dominio y la confianza de recobrar el poder hasta en aquellos países donde cediendo á los esfuerzos mancomunados de la nación y de la corona había tenido que hacer concesiones. En ningún país tenía la Iglesia arraigo en la masa del pueblo, y por lo mismo era impotente para excitar su entusiasmo y ser la fuerza que impulsa á individuos y pueblos á grandes hechos, excepto únicamente en la monarquía nacional española, unida bajo la irresistible influencia del gran genio de Isabel, que había realizado también dentro de su imperio la reforma digna y eficaz de la Iglesia, y que produjo en la nación aquel entusiasmo religioso demostrado tan brillantemente en la lucha victoriosa contra los últimos restos del mahometismo y después en la propagación del cristianismo en el Nuevo Mundo. Gracias á esta actividad, llegó España á ser la potencia dominante, no solo en el terreno político y mercantil, sino también en el religioso, con el derecho y la

aptitud de dirigir los destinos del Occidente. Faltaba únicamente saber si la regeneración y cambio de vida de la Iglesia realizados en España se podían extender á la totalidad de la Iglesia, para que fuese la defensora del orden eclesiástico antiguo contra los embates de otra corriente reformadora más radical y con propósitos más elevados.

A este estado transitorio é inseguro de las agrupaciones políticas y de la Iglesia, resultado de la decadencia y desaparición de instituciones vetustas y el nacimiento simultáneo de otras nuevas, ya políticas, ya eclesiásticas, correspondió un estado análogo de transformación en la vida social y económica. Los grandes descubrimientos geográficos y la consiguiente modificación radical de las condiciones del comercio habían destruido completamente la base sobre la cual descansaba la organización feudal, tan característica de toda la Edad media tanto en el concepto político como en el social. La transformación del comercio primitivo, reducido al cambio de productos, en el comercio moderno, en que el dinero sirve de mercancía de cambio universal, fué el resultado de toda la lenta y múltiple evolución. El trono y la clase media, apoyándose mutuamente, habían influido sobre los hechos conformándose con las condiciones nuevas en los países más adelantados, á saber: en España, Inglaterra y

Francia. La propiedad territorial era poderosa cuando no había otra, pero á consecuencia de los cambios indicados el dinero llegó á ser la nueva potencia dominadora y reguladora, fué la que elevó la clase media á una posición cada vez más influyente é importante, y la que determinó la decadencia política y social de la nobleza, que hasta entonces había sido el elemento fundamental de toda agrupación política.

En este terreno quedó también muy rezagada la Alemania, donde ni se logró deprimir y hacer inofensiva á esta nobleza, siempre partidaria y defensora de las organizaciones pasadas, ni se supo dar fuerza y solidez á las condiciones y á los poderes nuevos. La nobleza fué en Alemania rémora funesta del desarrollo del poder monárquico centralizador y del de las ciudades, y lo peor fué que en este país ni siquiera fué considerada como elemento social, ni menos político, la población rural, que por lo mismo miraba instintivamente á todas las demás clases como enemigas suyas; era la fiera estúpida y cobarde, pero que, en un momento dado, rompe las cadenas que la tienen sujeta y abusa de su libertad y de sus derechos naturales.

Por esto los males inseparables de todos los estados de transición fueron más funestos en Alemania que en otro país alguno; pero quiso el destino que cabalmente la sociedad de este país atrasadísimo recibiera el arma que impulsó la civilización universal, política y social, por un derrotero nuevo fuera del cual todos los progresos realizados anteriormente habrían muerto y habría sido efímero, como en otras épocas florecientes que registra la historia, el brillante renacimiento de las artes y las letras. Esta arma fué la imprenta, inventada por Gutenberg y aplicada en grande escala primero por el ayudante del inventor, Pedro Schöffer, y el opulento capitalista Juan Fust. Ya existía el arte de imprimir con planchitas de madera grabadas y aun con tipos de madera sueltos, con los cuales se combinaban palabras y aun páginas, pero á Gutenberg y á sus socios se debe la invención de tipos fundidos de un metal á la vez elástico y resistente. Inventado esto, pudieron multiplicarse los tipos hasta lo infinito y con poco coste, lo mismo que las obras impresas, y así se abrió un horizonte vastísimo á los grandes genios, á la enseñanza y á la inteligencia humana en general.

FIN DE LA HISTORIA DE LOS ESTADOS DE OCCIDENTE

HISTORIA

DEL

IMPERIO BIZANTINO Y DE LA MONARQUÍA TURCA

DESDE EL REINADO DE JUSTINIANO I HASTA FINES DEL SIGLO XVI

POR G. F. HERTZBERG

Catedrático de la universidad de Halle

LIBRO PRIMERO

EL IMPERIO BIZANTINO DESDE EL REINADO DE JUSTINIANO I HASTA SU CONQUISTA POR
LOS CRUZADOS EN 1204

INTRODUCCION

Cuando el arrojado héroe Odoacro se apoderó resueltamente de Italia en los primeros días del mes de setiembre del año 476 de nuestra era, acabando de una vez con la prolongada agonía del imperio romano del Occidente, no pocos contemporáneos suyos creyeron inevitable un suceso análogo y próximo en la mitad oriental del gigantesco pero anticuado edificio político de los Césares. Este cataclismo temido por los amigos del trono de Constantinopla y esperado con alegría por sus adversarios, no ocurrió sin embargo; y el senil imperio greco-latino del Oriente pudo arrastrar su existencia todavía cerca de diez siglos, hasta que una horda turánica, cuyo nombre el mundo latino apenas había oído pronunciar en tiempo de Odoacro y de Teodorico, se apoderó de la creación soberbia del gran Constantino. Siendo esta misma horda victoriosa, á la vez sectaria fanática y robusta de una nueva religión, consiguió elevar sobre las ruinas del imperio bizantino, un nuevo imperio que abarcó no solamente toda la península balcánica, es decir, las tierras cristianas más antiguas, sino que se extendió también mucho más allá; y este nuevo imperio, de carácter totalmente distinto y extraño, apenas establecido, pasó á dictar leyes desde su capital al Occidente de Europa.

La historia de los diez siglos que el imperio bizantino sobrevivió al derrumbamiento del imperio romano occidental, nunca ha excitado gran interés en Europa, y siempre que ha sido menester estudiarla, se ha hecho con aversión, menosprecio y una severidad excesiva. Mientras los unos se han apartado de este estudio enfadoso, calificando la vida del imperio bizantino con expresiones como las de «mil años de decrepitud, ó mil años de putrefacción,» los que no podían excusarlo lo han hecho con manifiesta repugnancia á causa de las eternas revoluciones de palacio, con su correspondiente cambio de déspotas, con los asesinatos, las sentencias bárbaras, las ejecuciones en masa; y también á causa de los partidos fanáticos y de las discusiones feroces sobre cuestiones dogmáticas apenas inteligibles para nosotros.

Hoy ha penetrado también en este confuso é insípido laberinto, el espíritu moderno de investigación científica, y ha obtenido resultados muy notables; distinguiéndose en

este campo particularmente los actuales eruditos griegos que se han dedicado con laudable celo al estudio tan descuidado de esta parte de su historia nacional. Resistencia y vitalidad tan asombrosas, tan sin ejemplo como la del residuo de la antigua monarquía de los Constantinos y Teodosios, que desmembrado y reducido supo hacer frente á los innumerables, grandes y repetidos ataques de avalanchas de pueblos búlgaros, eslavos, árabes y turánicos, renaciendo con nueva energía de las humillaciones más abyectas, incluso la catástrofe más formidable que puede suceder á un imperio, que fué su destrucción y desmembramiento por los jefes de las fuerzas terrestres y marítimas de la cuarta cruzada, y la pérdida de la misma capital, hasta que al fin se hundió para siempre en las oleadas musulmanas; semejante tenacidad y vitalidad tan asombrosa, decimos, constituyen ya por sí solas un motivo grandioso, que debería haber inducido hace mucho tiempo á los eruditos á estudiar á fondo la verdadera historia de este singularísimo imperio.

No es nuestro propósito entrar en esta obra en los pormenores múltiples y variados de la historia del imperio bizantino hasta el fin varonil del último Paleólogo; nos hemos de ceñir á trazar á grandes rasgos, según el estado actual de la investigación científica, el perfil de la historia de este imperio hasta la entrada del pueblo turco en la escena del Oriente cuando la Italia y la Francia predominaban en el Occidente; cuando aparecen ya agrupados en nacionalidades bien caracterizadas y circunscritas en la península de los Balcanes los pueblos meridionales de la raza eslava, y cuando finalmente se halló restablecida otra vez en el trono antiquísimo de los Constantinos la dinastía de los Paleólogos.

En este cuadro ocuparán preferentemente nuestra atención las causas que originaron aquella vitalidad tenaz, y en segundo lugar la importancia é influencia no menos grandes que el imperio bizantino tuvo durante largos siglos como heredero y representante de una civilización grande y brillante, y de sus tesoros artísticos é intelectuales. Después de estos puntos capitales dirigiremos también nuestra atención al renacimiento espléndido de la civilización árabe del tiempo de los califas, y á las primeras y débiles manifestaciones de una nueva civilización que á paso lento fué entonces creciendo en las nuevas nacionalidades que en el Mediodía y el Occi-